

EL EJERCICIO FEMENINO DEL CUIDADO: DEL ESCENARIO FAMILIAR AL ESCENARIO EDUCATIVO

The feminine exercise of the care: of the familiar scene to the educative scene

Carmen Serdio Sánchez

RESUMEN: *El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre el ejercicio del cuidado familiar en relación al proceso de envejecimiento y sobre el papel de la educación en la vida de las mujeres mayores que cuidan en su escenario familiar. Para ello partimos, en primer lugar, de una serie de claves derivadas de cambios sociales y culturales que inciden en la forma de ejercer el cuidado familiar. En segundo lugar, hacemos un repaso de las transiciones y roles que, desde una visión femenina, caracterizan la vida familiar en el envejecimiento. Finalmente, la irrupción de la educación en este marco de reflexión nos ofrece una nueva imagen de la mujer mayor. Una mujer que redefine sus fuentes de autoestima, extiende el cuidado a sí misma a través de la participación educativa, reconoce su papel de depositaria de conocimientos y habilidades, aprendidos muchos de ellos en el ejercicio del cuidado familiar, y encuentra su valor como transmisora de experiencia y sabiduría vital.*

Palabras clave: *solidaridad intergeneracional, apoyo familiar, ejercicio del cuidado, roles familiares, abuelas, cuidadoras, participación educativa, perspectiva de género, programas intergeneracionales, saberes vitales.*

ABSTRACT: *The objective of this work is to reflect on the exercise of the familiar care in relation to the aging process and on the paper of the education in the life of the women greater than they take care of in its familiar scene. For it we started off, in the first place, of a series of keys derived from changes of articles of incorporation and cultural that affect the form to exert the familiar care. In second place, we make a review of the transitions and rolls that, from a feminine vision, they characterize the familiar life in the aging. Finally, the irruption of the education in this frame of reflection it offers a new image to us of the greater woman. A woman who redefines her sources of self-esteem, extends the care to itself through the educative participation, recognizes her paper of depositaria of knowledge and abilities, learned many of them*

in the exercise of the familiar care, and finds her value like experience transmitter and vital wisdom.

Key words: *intergenerational solidarity, familiar support, familiar exercise of the care, rolls, grandmothers, nursemaids, educative, perspective participation of sort, vital intergenerational programs, saberes.*

1. INTRODUCCIÓN: SOLIDARIDAD FAMILIAR Y CUIDADO FEMENINO EN EL MARCO DEL ENVEJECIMIENTO

El estudio de la vida familiar en la vejez está despertando un gran interés en los últimos años por parte de diversas disciplinas y perspectivas de estudio. La sociología, la economía o el derecho, entre otras, encuentran importantes parcelas de investigación y reflexión teórica en sus análisis sobre la relación entre envejecimiento y familia. Ocurre lo mismo en el ámbito de la psicología del desarrollo, que desde siempre ha considerado al ciclo vital familiar como un importante objeto de estudio. No podemos olvidar que el desarrollo humano, en todas y cada una de las fases y etapas que conforman el ciclo vital, discurre en escenarios evolutivos, de los cuales, el familiar, constituye un espacio esencial en el desarrollo de toda persona. Su importancia como escenario de desarrollo y cambio también se pone de manifiesto en relación con la vejez y el envejecimiento.

El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre algunas claves y transiciones que nos permitan una mejor comprensión de este escenario familiar como contexto de desarrollo en la vejez, valorando especialmente la solidaridad intergeneracional. Partimos, por tanto, de una concepción amplia del concepto de cuidado, de la diversidad de tareas y actividades realizadas con el fin último de procurar bienestar y calidad de vida a los miembros familiares. Esto es particularmente importante, puesto que tradicionalmente el discurso acerca de la relación entre vejez y familia se centraba exclusivamente en la persona mayor que necesita cuidados y atención por parte de generaciones más jóvenes (habitualmente la de sus hijos e hijas). Hoy, sin embargo, esta relación es mucho más compleja porque el apoyo y la ayuda familiar ya no discurren únicamente en una sola dirección (de los hijos adultos hacia sus padres y madres mayores) sino que, de forma bidireccional, implica la participación de ambas generacio-

nes, que mutuamente contribuyen al bienestar y a la armonía del escenario familiar. Hoy hablamos de solidaridad familiar entre generaciones. Meil (2002), basándose en los trabajos de Bengston, Mangen y Landry (1988), Kellerhals et al. (1994) y Bawin-Lengros et al. (1995), señala las dimensiones fundamentales en el ejercicio de la solidaridad familiar: una solidaridad relacional o asociativa que hace referencia al contacto y al sentimiento de pertenencia de los miembros de la unidad familiar; una solidaridad funcional, material, o de intercambios familiares, que se basa en una prestación de servicios de ayuda no remunerada o bien donaciones y ayuda en forma de bienes o dinero; y por último, una solidaridad adjetivada como “residencial”, en la que se considera que la convivencia en un mismo hogar es una forma de apoyo mutuo de primer orden.

No cabe duda de que los actuales escenarios familiares cuentan con nuevos actores, las personas mayores, que desempeñan roles y tareas importantes y, en algunos casos, indispensables, por lo que suponen de contribución al desarrollo de la familia. Hoy no es extraño encontrar multitud de escenas cotidianas protagonizadas por abuelos que ocupan gran parte de su tiempo en atender a sus nietos, abuelas que se encargan de su alimentación o les llevan y traen del colegio, padres que facilitan de múltiples formas el proceso de emancipación de sus hijos, madres que siguen cuidando y atendiendo a hijos adultos que no se emancipan, mujeres y, en menor proporción, hombres, que asumen el cuidado de familiares (sus propios padres) que se encuentran en una situación de dependencia funcional. Son todas ellas escenas habituales que representan una nueva forma de entender el binomio vejez-familia bastante alejada de las concepciones y planteamientos tradicionales del viejo como un mero y exclusivo receptor de cuidados por parte de las generaciones más jóvenes. Por tanto, es esta solidaridad familiar entre generaciones y el ejercicio del cuidado que conlleva, lo que recoge y sintetiza gran parte de la dinámica intrafamiliar en estas edades.

Una reflexión sobre el ejercicio del cuidado en cualquiera de sus formas (cuidado de hijos, de nietos, de personas dependientes, de la pareja...) implica inevitablemente la consideración de la particular vivencia femenina ante los acontecimientos propios de la carrera familiar. Efectivamente, la mujer mayor que hoy participa en los

escenarios familiares, ha vivido su proceso de socialización en un marco socio-histórico y socio-cultural muy concreto. Las circunstancias generacionales y los patrones culturales de comportamiento de la gran mayoría de estas mujeres mayores se han consolidado en un sistema de ideas, creencias y actitudes en las que el ejercicio de roles de cuidado y atención constituían el sentido fundamental de sus vidas, muy por encima de otras metas como las personales o las laborales. En este sentido, Rodríguez (2002) pone el acento en el peso que han tenido los sentimientos y las emociones en la vida familiar de estas mujeres. A su juicio, este factor emocional ha contribuido durante décadas al mantenimiento del sistema de género, es decir, un sistema determinado por un modelo patriarcal que ha delimitado muy claramente lo masculino y lo femenino en lo que a roles y emociones se refiere:

“hacía responsables a las mujeres del bienestar y hasta de la felicidad de todos los miembros de su familia, descansando todos los valores ‘femeninos’ en una ética en la que el amor (enajenante) debía ser el centro de interés para las mujeres. (...) Toda esta ética de los cuidados venía adornada con una retórica laudatoria sobre un papel en el que la ‘reina del hogar’, fiel, sumisa y llena de encanto, obraba el milagro de conseguir confort, armonía, belleza en la casa y, sobre todo, el bienestar de todos los convivientes mediante una donación amorosa de sí misma que habría de ser completa y sin fisuras” (Rodríguez, 2002, p. 90).

En este marco, el ejercicio del cuidado familiar ha sido y es para muchas mujeres mayores el eje central alrededor del cual han girado sus más importantes decisiones vitales. Aún hoy, lo sigue siendo puesto que siguen supeditando muchas parcelas de su vida a las responsabilidades familiares adquiridas a lo largo de su desarrollo adulto. Al margen de esta generificación del cuidado, también existen otros factores que contribuyen a caracterizar su ejercicio en el actual marco histórico, social y cultural. Veamos brevemente algunos de ellos.

2. ALGUNAS CLAVES SOBRE EL ENVEJECIMIENTO EN EL ESCENARIO FAMILIAR

La diversidad de cambios (sociales, culturales, legales, económicos, demográficos...) que en las últimas décadas han marcado una

progresiva transformación de la realidad familiar (Iglesias de Ussel, 1998; Alberdi, 1999; Meil, 1999), han afectado profundamente a la relación entre envejecimiento y familia. Especialmente a lo concerniente al ejercicio de la solidaridad y el apoyo mutuo que se prestan los miembros de una misma familia (Meil, 2002).

Entre las situaciones sociales que se derivan de esta influencia destacamos tres que necesariamente se constituyen en claves definitorias de la dinámica intrafamiliar de un gran número de escenarios familiares. Nos referimos al progresivo incremento de familias multigeneracionales, el retraso en el proceso de emancipación adulta y la plena incorporación de la mujer al ámbito laboral y profesional.

En primer lugar, es obvio que el espectacular aumento en la esperanza de vida acarrea implicaciones sustanciales para la vida familiar. El aumento de los llamados “viejos viejos” (Neugarten, 1999) o si se quiere del envejecimiento del envejecimiento, ha sido tratado en numerosas ocasiones desde valoraciones predominantemente negativas, alimentando una concepción de la vejez exclusivamente como un problema. Sin embargo, este logro encierra en sí mismo otra forma de entender la realidad de la vejez desde una perspectiva más positiva, que visibiliza importantes contribuciones de la población mayor a una organización más humana de las sociedades modernas:

“Defendemos la tesis de que el envejecimiento de las sociedades industriales modernas, lejos de ser un fenómeno negativo, obliga de hecho a transformaciones y reorganizaciones fundamentales en los muy diversos ámbitos sociales, políticos, económicos y culturales, modificaciones que, por otra parte, pueden reconducir los efectos tan tremendamente instrumentalizadores y deshumanizadores de la dinámica social moderna” (Radl Philipp, 2002, p. 158).

La coexistencia de varias generaciones en una misma familia, conlleva una mayor presencia y renovados papeles de las personas mayores: nuevas formas de relación y convivencia entre hijos adultos-padres mayores, nuevos perfiles y tipologías de abuelos, una influencia de las relaciones abuelos-nietos en el desarrollo de ambos, abuelos acogedores en situaciones de riesgo psicosocial, el apoyo económico a otros miembros de la familia, etc. Por otra parte, este fenómeno de vejez prolongada (Gómez Redondo, 1995; Radl

Philipp, 2002), también supone que, al aumentar este grupo de población que sobrepasa los 85 años (algunos con niveles muy satisfactorios de calidad de vida), también aumenta la potencial población de personas que necesitan ser cuidadas, especialmente si concurren situaciones de dependencia funcional. No cabe duda de que la familia desempeña una función extraordinaria en el cuidado de las personas mayores que no pueden valerse por sí solas. En todo caso el aumento del número de personas mayores abre la puerta a nuevos roles y tareas en su escenario familiar, tanto si cuidan como si son cuidadas.

En segundo lugar, hoy muchos adultos jóvenes encuentran serias dificultades a la hora de alcanzar la estabilidad laboral y económica necesaria para poder iniciar proyectos vitales familiares propios, independientes de su familia de origen. Este retraso en la emancipación obedece a razones de orden económico, pero también podemos encontrar, razones de orden social y cultural. Según Meil (2000), la cultura juvenil está centrada en elevados niveles de consumo de bienes y servicios de ocio y aspira a mantener el nivel de vida y el estatus social alcanzados por sus padres. Si a estas aspiraciones unimos un modelo cultural donde la formación de un hogar independiente requiere de una vivienda propia y totalmente equipada, nos encontramos con que la prolongación de la permanencia en el hogar de los padres es la única forma de acumular el capital necesario para poder emanciparse conforme a los modelos socialmente establecidos.

Este retraso en la emancipación adulta ha propiciado en muchos hogares la aparición de una suerte de “crianza prolongada” (Pérez Ortiz, 2004, 2005) que sigue manteniendo vivas en muchas mujeres las responsabilidades de cuidado y atención hacia sus hijos e hijas, propias de otras edades más tempranas. El profundo proceso de democratización en las relaciones entre padres e hijos facilita la permanencia de estos últimos en el hogar paterno puesto que se ha reducido considerablemente el control ejercido por los padres sobre el comportamiento de los hijos. No obstante, en algunos casos, esta situación constituye un caldo de cultivo propicio para conflictos y situaciones de estrés familiar como consecuencia del desfase entre el cuidado instrumental y el cuidado entendido como ejercicio de la responsabilidad parental.

En tercer lugar, la conciliación de la vida familiar y laboral constituye uno de los retos más importantes en la vida adulta de gran número de mujeres que, siendo madres con hijos pequeños, tienen que recurrir a diversos tipos de estrategias para poder desarrollar sus funciones profesionales. Ante esta situación cada vez es más habitual el recurso a las abuelas como estrategia de conciliación. Meil (2002) considera que la ayuda en el cuidado y la atención a los niños es una de las formas típicas de ejercer una solidaridad material o instrumental. De este modo, las abuelas adquieren diferentes grados de compromiso y responsabilidad en la crianza de sus nietos, hasta el punto de que algunas asumen un papel de madres vicarias o madres subrogadas (Tobío, 2005). Estas abuelas conciliadoras ejercen un cuidado necesario, intenso, amplio y gratuito que convierte su ayuda en imprescindible, lo cual constituye para muchas una importante fuente de satisfacción y de sentimientos de utilidad. Aunque también, en algunos casos, una fuente de estrés y sobrecarga.

El aumento de la esperanza de vida, el retraso en la emancipación de los adultos jóvenes y la necesidad de conciliar vida familiar y laboral son claves que, como hemos apuntado, inciden en mayor o menor medida, en las dinámicas de los escenarios familiares y en los modos diferentes en los que hoy las personas mayores, las mujeres mayores, ejercen el cuidado. La incidencia de estos factores no sólo ha supuesto una prolongación temporal en su ejercicio (se cuida más años porque las personas viven más años) sino que también suponen un incremento en tareas, responsabilidades y papeles renovados (la madre sigue ejerciendo su papel de cuidadora cotidiana aunque los hijos sean adultos y autónomos o la abuela ejerce con los nietos un papel de madre sustituta).

Pero en esta reflexión es necesario hacer alusión a un factor que también incide en la forma de entender y ejercer el cuidado familiar, especialmente si pensamos en las generaciones que próximamente se iniciarán en el proceso de envejecimiento. No podemos olvidar que se trata de una realidad mediada por factores históricos, sociales y generacionales. Los viejos de ayer tienen poco que ver con los de hoy y los de mañana responderán a patrones de comportamiento familiar diferentes a los que podemos encontrar en los escenarios familiares contemporáneos. Por ello en los últimos años se ha ido

abriendo paso una nueva cultura de la vejez en la que las personas que se acercan o viven ya instaladas en un proceso de envejecimiento asumen nuevos valores que modifican sustancialmente su forma de vivir y entender la calidad de vida. Entre ellos cobra una especial relevancia el nuevo significado que progresivamente ha ido adquiriendo el ocio como valor de desarrollo personal, dejando atrás concepciones tradicionales del tiempo libre propias de sistemas de creencias magnificadoras del trabajo. En este contexto parece lógico pensar que la vida familiar ya no es la clave fundamental y exclusiva del bienestar y la calidad de vida en la vejez, sino un elemento más, una fuente más de autoestima y bienestar personal. Cada vez son más las personas mayores cuyos panoramas vitales se asientan en pilares más allá de la vida familiar, que valoran la independencia y la autonomía personal, y que encuentran en las relaciones extrafamiliares fuentes de realización y autoestima.

3. MUJERES QUE ENVEJECEN Y CUIDADO FAMILIAR: TRANSICIONES Y TAREAS

Todos estos elementos nos permiten realizar una primera aproximación al ejercicio del cuidado que, como hemos visto, en la gran mayoría de las ocasiones cuenta con una protagonista femenina. La mujer mayor envejece en un escenario familiar donde ella sigue ejerciendo funciones nutrientes activas (Freixas, 1993) y con ello sostiene y alimenta (cuida) a los diferentes miembros de su familia: a su pareja, a sus hijos e hijas estén emancipados o no, a sus nietos y nietas, a sus progenitores, especialmente si éstos se encuentran en una situación de dependencia. Todo este panorama se traduce en el desempeño de diferentes roles: unos se reestructuran, puesto que se trata de roles que viene ejerciendo desde el comienzo de su vida adulta como es el caso del rol de madre o del rol de esposa; otros, emergen como novedosos porque le llevan a adoptar nuevas formas de comportamiento en su ámbito familiar, como es el caso del rol de abuela o del rol de cuidadora informal de personas mayores dependientes. Sin pretender ser exhaustivos vamos a repasar algunas ideas relativas al ejercicio del cuidado en función de estos diferentes roles.

3.1. Rol de esposa: el cuidado de la pareja en la vejez

El matrimonio es la relación de pareja mayoritaria entre las personas mayores de 65 años, puesto que otras opciones tales, como la soltería o la cohabitación son más propias de generaciones más jóvenes. Los estudios sobre el matrimonio en la vejez son escasos y aportan resultados en ocasiones contradictorios en relación por ejemplo, a la satisfacción matrimonial en estas edades. A esto hay que añadir que la mayoría de las investigaciones se sitúan en el contexto anglosajón y pocos son estudios longitudinales que permitan apreciar la evolución a lo largo de los años del matrimonio. No obstante la mayor parte de los autores españoles (Triadó, 2001) coinciden en afirmar que el matrimonio en la vejez constituye una fuente primaria de compañía, bienestar e intimidad y que, más allá de sus funciones psicoemocionales, también resulta ser un recurso de afrontamiento de problemas financieros o de dependencia funcional. En este sentido es interesante el valor institucional que tiene el matrimonio en la vejez ya que las parejas de ancianos consumen más y además se cuidan en situaciones de enfermedad.

Dos son las cuestiones que han interesado especialmente en los estudios sobre la vida matrimonial en la vejez. Por un lado, la evolución de la satisfacción en el matrimonio y por otro, la organización y el reparto de las responsabilidades domésticas. En relación a la primera cuestión coexisten dos planteamientos diferentes: el de los autores que, centrados en el estudio de los efectos negativos de la jubilación masculina y los problemas de salud (Hoffman, Paris y Hall, 1996), plantean un declive gradual en los niveles de satisfacción (Belsky, 1996); y el de los autores que, desde una perspectiva más optimista, afirman una mayor consolidación en la satisfacción matrimonial con los años. En todo caso no se trata de dos planteamientos contradictorios puesto que el avance de la edad puede dar cabida a ambas situaciones.

Con respecto al reparto de las responsabilidades domésticas en el marco de la vida matrimonial de las personas mayores encontramos un mantenimiento claro de la división tradicional de los roles de género. Sin embargo esta división se difumina en aquellos casos en que la pareja avanza en edad de modo que se hacen presentes situa-

ciones de dependencia o discapacidad. Arber y Ginn (1996) hacen referencia a una investigación de Wilson (1996) en la que, tras entrevistar a parejas ancianas mayores de 75 años de una barriada londinense sobre su vida cotidiana, se pudo concluir que se produce una inevitable inversión de los roles de género cuando uno o ambos cónyuges padecen un estado delicado físico o mental.

En una reflexión sobre el matrimonio en la vejez es ineludible mencionar uno de los acontecimientos vitales más significativos en el desarrollo de la persona y que habitualmente afecta de forma directa a personas mayores, especialmente a mujeres. Nos referimos a la pérdida del cónyuge. No cabe duda de que se trata, en primer lugar de un fenómeno femenino, puesto que en términos cuantitativos es mucho mayor el número de mujeres viudas con respecto a la cantidad de varones viudos. Además, en segundo lugar, esta diferencia de género en la viudedad, se acrecienta si tomamos en consideración que el rol de viuda tiene una mayor definición y estructuración social, que las mujeres presentan menos dificultades para afrontar la adaptación a un mundo doméstico y privado y que los modelos femeninos de amistad aportan al afrontamiento de este acontecimiento importantes grados de intimidad, consuelo y compañía. En todo caso se trata de una situación con repercusiones muy importantes para la mujer que enviuda. Más allá de las implicaciones psicológicas y emocionales que conlleva el atravesar un proceso de duelo, se producen cambios importantes en la red de relaciones sociales y patrones de comportamiento social y familiar, además de un reajuste mayor o menor en la economía personal. Hasta el punto de que en algunos casos la soledad y/o la pobreza son problemáticas desencadenadas por la pérdida de la persona que durante décadas ha sido compañía y recurso de estabilidad económica en esta generación de mujeres.

La mujer viuda tiene que enfrentarse a la tarea de reconstruir su identidad personal como persona sin pareja. Este nuevo reto que acarrea la pérdida puede ser afrontado de formas diversas en función de los diferentes significados que la persona puede otorgar a este acontecimiento a lo largo del proceso de afrontamiento. La viudedad puede ser entendida como una desgracia vital, en la que se experimenta una ruptura severa en la propia vida, como una liberación de

tareas de cuidado que sobrecargan, como una resignación que pasado el tiempo de duelo favorece la aparición de sentimientos de competencia e independencia. No es extraño conocer el caso de mujeres que tras enviudar y superar las primeras fases del duelo, inician una suerte de nueva etapa en sus vidas cargada de iniciativas y confianza en el futuro.

3.2. La madre cuidadora: reorganización del rol materno

La maternidad ha sido un elemento crucial en la construcción de la identidad personal de gran número de mujeres que hoy superan los 65 años. Tradicionalmente ha existido la creencia de que ser madre constituía el máximo logro en la vida de cualquier mujer. Esta sobrevaloración de la maternidad obedece a un sistema de creencias y patrones de comportamiento en el que otras opciones vitales para la mujer gozaban de escaso valor cuando no eran estigmatizadas socialmente (quedarse soltera o “solterona” por ejemplo o la creencia tradicional de que una madre trabajadora podía ser una “mala madre”). Por tanto, es comprensible que durante décadas se haya considerado la marcha de los hijos del hogar como un desencadenante de una crisis vital. El *síndrome del nido vacío* ha sido considerado en una gran parte de la literatura gerontológica tradicional como una ausencia crítica y difícil para una mujer madre que ve como van desapareciendo de su vida cotidiana las tareas y responsabilidades de cuidado y atención hacia sus hijos adultos. La pérdida de estos roles de género es, en opinión de algunos autores (Burin, Moncarz y Velázquez, 1990; Burin, 1995; Tannenbaum, Nasmith y Mayo, 2003), la que explica ciertos estados de malestar psicológico asociados a la crisis del nido vacío.

En los últimos años se abren paso voces diferentes que matizan e incluso contradicen esta visión tradicional en relación a la marcha de los hijos del hogar. Voces de mujeres mayores que, desde una valoración positiva del trabajo extradoméstico y desde un alto grado de satisfacción matrimonial, enfatizan los aspectos positivos del nido vacío. Para estas mujeres la liberación de responsabilidades de cuidado y atención implica el ensayo de nuevas formas y espacios de

libertad personal y social al disponer de más tiempo libre e incluso recuperar la intimidad con la pareja.

Además el nido vacío no es la única situación posible en el escenario familiar actual de la mujer que envejece. Anteriormente hacíamos referencia a la llamada “crianza prolongada” como una forma de continuar ejerciendo el rol de madre en su faceta más instrumental. Esta situación además de la carga adicional de trabajo doméstico que conlleva supone, en ocasiones, una potencial fuente de conflictos en la convivencia que recrudece posibles sentimientos de inutilidad y pérdida de funciones maternas que experimentan algunos estilos maternos en la relación con sus hijos adultos.

3.3. Ejercer el cuidado de los nietos: abuelas o madres vicarias

La relación abuelos-nietos ha despertado un creciente interés en las últimas décadas por parte de los psicólogos evolutivos. Además de tratarse de un terreno fértil para un gran número de estudios e investigaciones (Roberto y Stroes 1992; Triadó y Villar, 2000; Rico, 2000; Rico, Serra y Viquer, 2001; Osuna, 2003; Triadó, Martínez y Villar, 2000; Triadó, Martínez, Villar y Osuna, 2002; Pinazo, 2002; Pinazo y Montoro, 2004), el estudio del rol de abuelo constituye una oportunidad para poner de manifiesto diferencias de género, puesto que no es lo mismo ser abuelo que ser abuela, especialmente si tenemos en cuenta la labor de un gran número de abuelas que ejercen su rol como madres vicarias, tal y como apuntábamos anteriormente.

Es evidente que si echamos la vista atrás la figura de los abuelos en la familia ha sufrido importantes modificaciones. La investigación inicial sobre el rol de abuelo minimizaba este papel puesto que apenas tenía significado para la mayoría de los individuos. Con el aumento de las familias multigeneracionales se ha revalorizado la importancia de las relaciones intergeneracionales dentro de la familia y ello ha supuesto una evolución cuantitativa y cualitativa en el ejercicio de este rol por parte de las personas mayores del escenario familiar. Efectivamente el incremento de la esperanza de vida conlleva una extensión y generalización del rol, pero también esconde una multiplicidad de formas de ejercerlo, en virtud de numerosos factores de cuya combinación se deducen diferentes estilos de ser

abuelo. El estado de salud, la edad del abuelo, la etapa del desarrollo del nieto, el papel de los padres, y, por supuesto, el género, son algunos de los factores más determinantes en la construcción de este nuevo papel familiar. A lo largo de la historia de la investigación sobre este rol han ido apareciendo diversas tipologías de abuelo (Neugarten y Weinstein, 1964; Word y Robertson, 1976; Bengston y Robertson, 1985; Cherlin y Furstenberg, 1985; Roberto y Stroes, 1992; Triadó y Villar, 2000) que reflejan los múltiples significados que encierra el ser abuelo o abuela y los diferentes estilos que ponen de manifiesto su importancia en las relaciones familiares. Ahondando en esta cuestión la investigación también refleja claras diferencias de género en el ejercicio de la abuelidad. Se trata, por ejemplo, de un rol que es más relevante para las mujeres que para los hombres; ellas tienden a ser más activas y a estar más involucradas emocionalmente con sus nietos, lo cual es fácilmente comprensible si consideramos la tendencia cultural de diferenciación sexual según la cual la mujer asume los roles de cuidado de la infancia. Si a esto añadimos la necesidad actual de muchas madres jóvenes de recurrir a las abuelas como estrategia de conciliación laboral y familiar, encontramos que, en la mayor parte de los casos, esa mayor actividad y compromiso emocional de las abuelas, tiene su máximo exponente en su labor como madres sustitutas. La ayuda experta, incondicional y gratuita de las abuelas mira mucho más allá del cuidado familiar de los niños para convertirse en solidaridad entre generaciones de mujeres. Esta solidaridad generacional de madres a hijas, evidencia, a juicio de Tobío (2002, 2005) una fuerte proyección de las madres-abuelas en las madres-hijas, es decir, el deseo de las primeras de que sus hijas alcancen metas y objetivos que ellas no pudieron alcanzar.

Habitualmente ser abuela encierra un sinfín de notas positivas y gratificantes: es un momento culminante, de enorme satisfacción, una segunda oportunidad de revivir algo parecido a la maternidad, pero sin responsabilidades directas ni presiones, un sentimiento de haber realizado un gran logro y de que se vive la sensación de “que la vida y la sociedad continúan” (Ana Freixas, 1993, p. 31). Algunas abuelas, la mayoría, ejercen el oficio de ser abuelas con verdadera pasión; sin embargo no siempre es fácil ser abuela puesto que para

muchas mujeres ejercer este rol supone una sobrecarga y una cierta limitación en su vida personal, una imagen muy lejana de la visita puntual y esporádica a la abuelita cariñosa y condescendiente.

Esta cara menos dulce del rol de abuela en absoluto resta valor a las madres abuelas, pero sí advierte de la importancia que socialmente adquiere el hecho de que muchas mujeres estén prolongando el ejercicio de la maternidad con sus propios nietos. No cabe duda de que han sido y son un importante motor de cambio que renuncia a subirse al carro de las transformaciones y nuevas tendencias en el ejercicio de este rol. Radl Philipp (2003, p.121) explica muy claramente en que consiste este proceso de transformación:

“Desempeñan sus roles de género tradicionales, esto es, las abuelas su papel afectivo y de cuidado, mientras que los abuelos ejercen su papel instrumental vinculado a su experiencia laboral. Al lado de estos cometidos se percibe además como a la vez los abuelos asumen tareas de cuidado en relación con sus nietos (tareas que no habían ejercido realmente antes en relación con sus hijos) y las abuelas rechazan en parte las funciones clásicas del cuidado insistiendo en la importancia de un espacio propio y de autonomía personal”.

Se están abriendo paso nuevas formas de ejercer el rol de abuelo y de abuela. Se trata de nuevos modelos en los que se compaginan valores intra y extrafamiliares, en los que tanto ellas como ellos, priorizan su autonomía e independencia y en los que, como ya apuntábamos al comienzo de este trabajo, la vida familiar cobra una importancia compartida con otros elementos ajenos a ella. En este sentido algunas autoras (Pérez Ortiz, 2003; Tobío, 2005) consideran que esta forma de ejercer el cuidado es una singularidad histórica que nos anuncia el final de esta generación de mujeres entregadas a la vida familiar; las generaciones de abuelas futuras no reproducirán estos patrones de comportamiento pese a que en el momento presente la solidaridad de sus madres abuelas es muy valiosa e indispensable:

“no hay una idea de reciprocidad con las siguientes generaciones, sus hijas. Cuando se les pregunta a madres trabajadoras a quienes ayudan sus propias madres si en el futuro (cuando sus hijas se enfrenten a los problemas que ellas viven hoy) reproducirán el rol de abuelas cuidadoras, la respuesta más frecuente es ¡no! Dicen que estarán trabajando, descansando o viajando, pero no haciendo de madres-abuelas” (Tobío, 2005, p. 172).

3.4. Cuidar y ser cuidada: el rol de cuidadora informal de personas dependientes

Los nietos no marcan una línea limítrofe en la extensión del ejercicio del cuidado en el escenario familiar. No es extraño ni tampoco infrecuente que algunas mujeres abuelas alternen el cuidado de sus nietos con el de sus propios padres (Juliano, 2005). Además ellas también necesitarán en un futuro no muy lejano ser cuidadas, conforme alcancen edades avanzadas y padezcan situaciones de dependencia funcional. Esta doble perspectiva del cuidado, esta doble necesidad, la de cuidar y ser cuidadas (Pérez Ortiz, 2004), ha introducido una mayor complejidad en el análisis y la reflexión acerca del cuidado informal, puesto que hoy su ejercicio cuenta con nuevos protagonistas y nuevos hilos argumentales.

Cuando las mujeres cuidan a familiares dependientes protagonizan una situación familiar, en ocasiones, inesperada e imprevisible. Nos encontramos ante un rol fuertemente sometido a un claro proceso de generificación. Esto explica por qué son casi siempre las mujeres las que asumen la tarea de cuidar a sus padres, suegros u otros familiares en situaciones de dependencia y enfermedad. Esta especie de “imposición social” nos lleva a considerar también que el cuidado se lleva a cabo en el marco de un conjunto de obligaciones y deberes derivados de los lazos de parentesco (Marrugat, 2005), es decir, cuidar puede ser una preocupación por el bienestar de los padres y muchas mujeres cuidadoras socializan muy bien este nuevo papel y cumplen con naturalidad las expectativas depositadas en ellas; pero también puede ser una conducta obligada por las normas sociales que llevan a algunas mujeres cuidadoras a vivir la situación como un conflicto, un dilema generador de sentimientos de culpabilidad. Y no es para menos. Si repasamos las consecuencias psicológicas, físicas, sociales, económicas y personales que se derivan de un cuidado intensivo y obligado (Agulló, 2002) los costes que para muchas mujeres tiene el hecho de verse obligadas a cuidar sin apenas apoyo y ayuda, representan una sobrecarga sobrecogedora.

De este modo, cuidar de un marido dependiente, de un padre o a una madre enfermos, son acontecimientos que trascienden las fronteras del escenario privado familiar para convertirse en una realidad

a la que la sociedad debe también dar una respuesta. Es obvio que en un futuro cercano, estas funciones de cuidado familiar precisarán de un reconocimiento específico desde el ámbito de los servicios sociales y sanitarios, y desde la sociedad en general, en forma de medidas legislativas, laborales, asistenciales, sociales, que suplan o complementen el modelo de cuidado familiar femenino. En este sentido la reciente Ley de Dependencia (Ley 39/2006, de 14 de diciembre, de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia) representa una valiosa contribución al respecto. Pero quedan retos por delante que deben ir cobrando mayor peso: una mayor profesionalización del cuidado, mejoras en la atención en residencias y centros de día, una mejor asistencia a domicilio, mejoras en el sistema socio-sanitario, e incluso una mayor extensión y formación del voluntariado en este ámbito de la atención a personas mayores dependientes. Solo así podremos garantizar a muchas mujeres que ahora están envejeciendo el que puedan vivir el ejercicio de este rol con unas mínimas garantías de calidad de vida y calidad en el cuidado que proporcionan.

Esta situación entre la tradición y la sobrecarga (Agulló, 2001) es vivida por algunas mujeres que son testigos del envejecimiento avanzado de sus progenitores en el devenir de su propio proceso de envejecimiento. Esta idea encierra un interrogante que inevitablemente se formularán muchas mujeres cuidadoras: “y cuando nosotras necesitemos cuidado ¿quién cuidará de nosotras?” La prospectiva del cuidado informal parece apuntar hacia una situación similar a la descrita en el caso de las mujeres abuelas:

“Las mujeres que hoy cuidan perciben una falta de reciprocidad y la descompensación que supone el ser cuidadoras desde el momento que no tienen claro quién cuidará de ellas. Son conscientes de que sus hijas serán mujeres totalmente integradas en el mundo laboral y no estarán disponibles para desempeñar el papel de las ‘eternas cuidadoras de la sociedad’ como lo están siendo ahora sus madres” (Agulló, 2002, p. 68).

4. CUIDADO Y EDUCACIÓN: DE LA EXPERIENCIA DE CUIDAR A LA EXPERIENCIA DE APRENDER Y TRANSMITIR

Hemos intentado esbozar las transiciones familiares que viven las personas mayores desde la particular experiencia y mirada femenina. El contacto continuado con grupos de mujeres que viven en escenarios familiares similares a los descritos, nos ha permitido corroborar la idea de que el ejercicio del cuidado familiar constituye para estas mujeres la fuente primordial de su autoconcepto y su autoestima personal (Serdio, 2004). Ser una buena esposa, una madre solícita y paciente, desarrollar y perfeccionar las habilidades de ama de casa, garantizar en el hogar un clima de seguridad y protección, afrontar con decisión y fortaleza los acontecimientos estresantes, solucionar con eficacia los problemas cotidianos, ser una buena hija con sus padres, mediar en los conflictos, satisfacer las necesidades de cada miembro familiar en diferentes momentos de sus vidas, son algunos de los compromisos que estas mujeres han adquirido en su historia vital familiar. Y posiblemente en la historia vital familiar de cualquier persona, sea hombre o mujer. La cuestión radica en que, a diferencia de las nuevas generaciones de mujeres que tienen la opción de sacar adelante proyectos vitales complementarios al familiar, éstas han vivido su proyecto familiar como el único y exclusivo, como su principal ocupación y su fuente de identidad personal. La familia y su cuidado ha sido lo que ha dado significado y sentido a gran parte de su vida.

En este contexto, la educación, cobra un especial significado. Es sabido, y así lo confirman numerosos autores, que el participar en actividades educativas promueve una mayor calidad de vida en las personas mayores. La educación además de ser una fuente de estimulación intelectual y un recurso de acceso a la cultura y a la comprensión del entorno, puede enriquecer la propia autopercepción del proceso de envejecimiento y aumentar los recursos y estrategias de autoconocimiento, autovaloración y competencia personal. No cabe duda de que una mujer que vive su proceso de envejecimiento ejerciendo el cuidado familiar, también puede encontrar en la participación educativa nuevas oportunidades de enriquecer sus intereses y

actividades de ocio y de establecer nuevas redes de relación y apoyo social más allá de la familia. En todo caso, la participación continuada y sistemática en un proceso de enseñanza-aprendizaje puede propiciar un cambio significativo en la historia de su valoración personal (Borrel, 1999). Efectivamente, el experimentar el aprendizaje como un progreso y un logro personal y superar las dificultades y limitaciones que se pueden encontrar en este proceso, modifican gradualmente la imagen de sí mismas como mujeres mayores que son capaces de aprender cosas nuevas y, es más, de mejorar esa capacidad de aprendizaje. Todo ello contribuye a construir una vía alternativa de autoestima e identidad personal, más allá de la que le proporciona la vida familiar y el ejercicio de roles de cuidado y atención. Y lo que es más importante, supone una oportunidad de tomar conciencia de que el ejercicio del cuidado también debe extenderse a sí misma, como mujer y como persona. Ellas mismas son las que en ocasiones reflejan así el valor que le otorgan a la experiencia educativa. Mercedes, 69 años, casada, abuela, ama de casa así nos lo dice:

“para mi aprender significa sentirme viva y útil para la sociedad, mi familia y para mi misma. Como muy bien dice el refrán tan conocido: ‘aprender no ocupa lugar’ (...) en esta edad madura o de vejez es bueno querer aprender, adquirir conocimientos que olvidaste o no aprendiste. Tus hijos tienen su propia vida y deseas dedicarte más a ti misma”.

A partir de aquí, la realidad educativa de muchas mujeres mayores, cobra un nuevo sentido. La participación en la experiencia educativa también abre nuevas posibilidades y nuevos caminos. Supone, por ejemplo, encontrar un cauce formal para transmitir su saber y su experiencia cuidadora, para poder hablar y ser escuchadas, al mismo tiempo que se estimula y se mejora su capacidad para comunicar a otros. La historia de desencuentros con la educación, que muchas han protagonizado, se torna en una nueva forma de concebir su presencia en un proceso de enseñanza-aprendizaje: como depositarias de conocimientos diversos (históricos, culturales, cotidianos, vitales, familiares...) y como transmisoras de saberes. Las palabras de Sáez Buenaventura (2005, p. 54), nos revelan particularmente, a las mujeres de edad como las mujeres que, habiendo abierto caminos, son depositarias de la riqueza de la memoria:

“Con la sabiduría que hemos ido acumulando a través de nuestra andadura y la que nos legaron las generaciones precedentes y dando la mano a las que nos siguen, formamos un continuum histórico que nos permite atravesar este mundo convulsionado y en crisis también con algo que ofrecer y algo que obtener, sin olvidar que el logro de las libertades y de la dignidad se obtiene en tanto se lucha por ellas.”

La mujer, se convierte así en depositaria de la cultura del ciclo vital, transmisora de la tradición, experta en el ejercicio del cuidado a todos los miembros de su familia. La transmisión de conocimiento supone una activación de su papel como esposa y madre, ejerce su influencia en el ámbito familiar y le confiere un prestigio sobre su buen hacer.

Todo esto nos indica que el tiempo de nuestras mayores ha estado dominado por esa dedicación a los demás (marido, hijos, nietos, padres ancianos, familiares...). Y como hemos visto, lo sigue estando. Es cierto que el ritmo vertiginoso que en muchas ocasiones domina la vida cotidiana de las familias actuales obliga a que tareas tradicionalmente femeninas y domésticas sean llevadas a cabo por otras entidades. Pero ello no impide que sean las abuelas quienes transmiten muchas de las informaciones culturales y tradiciones, por lo que podemos afirmar que se han convertido en las garantes de la cultura. Ellas han sido, por ejemplo, las grandes administradoras del hogar y han sabido gestionar escasos recursos en situaciones de precariedad:

“han aprendido a vivir economizando, han sabido enfrentarse y vencer una mayor resistencia y dificultades sociales en el mundo laboral por el hecho de ser mujeres, a sentirse más fuertes ante cualquier problema, en definitiva, a valerse por sí mismas. Cuentan con un bagaje experiencial y con una serie de recursos personales muy útiles para manejarse en situaciones de precariedad para vivir y subsistir con los que hacen frente a situaciones complicadas y difíciles” (Fernández, 2003, p. 203).

La sabiduría del ciclo vital merece, por tanto, mayor consideración social, especialmente si el contexto en el que actualmente tiene lugar nuestra vida necesita de modos renovados de relación interpersonal. En este sentido la voz de algunas autoras se alza para reivindicar el protagonismo de las mujeres mayores al respecto. En el caso de Juliano (2005, p. 30), esta autora lo expresa con las siguientes palabras:

“Si de lo que se trata es de construir nuevas pautas de convivencia, recurramos a nuestras abuelas. Hay una gran cantidad de aprendizaje social que podemos realizar a partir de nuestra experiencia de mujeres y como mujeres. Una experiencia que está poco recogida, que está fragmentada”.

Ahora bien, ¿de qué modo podemos visibilizar y potenciar la capacidad de la mujer mayor para transmitir a generaciones más jóvenes sus conocimientos, sus habilidades y actitudes? La respuesta a este interrogante podemos encontrarla en el marco de referencia que nos ofrece la actual reflexión pedagógica y educativa sobre las relaciones intergeneracionales, entendidas éstas como un mecanismo de comunicación que une a grupos de edades diferentes. Este diálogo entre generaciones cobra especial relevancia e interés cuando una de ellas es la de los viejos (Albuérne y Juanco, 2002).

No cabe duda de que el desarrollo de algunos planteamientos educativos con personas mayores ha despertado y potenciado el interés por las relaciones entre generaciones. La llamada educación intergeneracional no ha sido todavía “objeto, ni en el discurso ni en la práctica, de una sistematización detenida, seria y profunda” (Sáez Carreras, 2002, p. 100). Sin embargo, la diversidad de experiencias de encuentro entre generaciones de personas jóvenes y personas mayores, tanto fuera como dentro de nuestro país, se han revelado como un excelente medio para enfatizar la educación y promover el aprendizaje conjunto. En este sentido los Programas Intergeneracionales, en auge, mantienen una impronta pedagógica significativa y relevante y pueden llegar a tener un importante impacto en el desarrollo de la educación de personas mayores (Vega, 1994; Vega y Bueno, 1994; Sáez Carreras, 2002; Bedmar y Montero, 2003).

Por todo ello cada vez son más los profesionales de la educación en la vejez que consideran que la presencia y experiencia vital de las mujeres mayores merece una atención especial para la educación intergeneracional. Implicar a estas mujeres en procesos educativos intergeneracionales constituye una forma de reconocer el día a día y la cotidianidad de estas mujeres durante toda su vida, de valorar su experiencia y sabiduría que nunca vemos recogida en los libros (Fernández, 2003).

La irrupción de lo pedagógico y educativo en el estudio de los escenarios familiares de los que envejecen ofrece una nueva imagen de la mujer de edad. Una mujer que puede revisar y redefinir sus fuentes de autoestima, que reconoce su papel de depositaria de conocimientos y habilidades, aprendidos muchos de ellos en el ejercicio del cuidado familiar, y que encuentra su valor como transmisora de experiencia y sabiduría vital. Los escenarios educativos permiten a muchas mujeres que envejecen hacer realidad la posibilidad de que sus potencialidades se actualicen.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGULLÓ TOMÁS, M. S. *Mujeres, ciudadanos y bienestar social: el apoyo informal a la infancia y a la vejez*. Madrid: Instituto de la Mujer, 2002.
- ALBERDI, I. *La nueva familia española*. Madrid: Taurus, 1999.
- ALBUERNE, F.; JUANCO, A. Intergeneracionalidad y escuela: “Trabajamos juntos, aprendemos juntos”, *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 2002, nº 45, pp. 77-88.
- ARBER, S. Y GINN, J. *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Nancea, 1996.
- ASKHAM, J. “Vida matrimonial de las personas mayores”. En: ARBER, S.; GINN, J. *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Narcea, 1996.
- BAWIN-LEGROS, B.; JACOBS, T. *Transfers, flux réseaux de solidarité entre générations*. Bruxelles: SSTC, 1995.
- BEDMAR MORENO, M.; MONTERO GARCÍA, I. (2003). *Conversaciones pedagógicas. La educación intergeneracional: un nuevo ámbito educativo*. Madrid: Dykinson, 2003
- BENGSTON, V. L.; MANGEN, D. J.; LANDRY, P. H. *The measurement of intergenerational relations*. Beverly Hills: Sage, 1988.
- BORREL, V. *La educación de mujeres adultas. Una vivencia transformadora*. Sevilla: Díada, 1999.
- BURIN, M. Mujeres y salud mental. *Apuntes de Psicología*, 1995, nº 44, pp. 7-15.
- BURIN, M.; MONCARZ, E.; VELÁZQUEZ, S. *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- CHERLIN, A.; FURSTENBERG, F. Styles and strategies of grandparenting. En: V. L. BENGSTON Y J. F. ROBERTSON. *Grandparenthood*. Beverly Hills: Sage, 1985.
- FERNÁNDEZ GÁZQUEZ, M. J. “El rol educador de las mujeres mayores desde una perspectiva intergeneracional”. En: BEDMAR, M.; MONTERO, I. *La educación intergeneracional: un nuevo ámbito educativo*. Madrid: Dykinson, 2003.

- FREIXAS, A. *Mujer y envejecimiento. Aspectos psicosociales*. Barcelona: Fundación La Caixa, 1993.
- FREIXAS, A. Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias, *Anuario de Psicología*, 1997, nº 73, pp. 31-42.
- FREIXAS, A. “Envejecimiento y perspectiva de género”. En: BARBERÁ, E.; MARTÍNEZ BENLLOCH, I. *Psicología y género*. Madrid: Pearson, 2004.
- FREIXAS, A. *Abuelas, madres, hijas. La transmisión sociocultural del arte de envejecer*. Barcelona: Icaria/Universidad de Córdoba, 2005.
- GÁRATE, M. C.; GONZÁLEZ, J. Aprender con las personas mayores. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 2002, nº 45, pp. 67-76.
- GIL CALVO, E. *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*. Madrid: Taurus, 2001.
- GIL CALVO, E. *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez*. Barcelona: Mondadori, 2003.
- GÓMEZ REDONDO, R. Vejez prolongada y juventud menguada. Tendencias en la evolución de la esperanza de vida de la población española, 1970-1990, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1995, nº 71-72, pp. 79-108.
- IGLESIAS DE USSEL, J. *La familia y el cambio político en España*. Madrid: Tecnos, 1998.
- JULIANO, D. El saber de las mujeres. En: FREIXAS, A. *Abuelas, madres, hijas. La transmisión sociocultural del arte de envejecer*. Barcelona: Icaria/Universidad de Córdoba, 2005.
- KELLERHALS, J; COENEN-HUTHER, J; VON ALLMËN, M. *Les réseaux de solidarité dans les familles*. Lausanne: Réalités Sociales, 1994.
- MARRUGAT, M. L. La familia cuidadora y su incidencia en la calidad de vida de las personas dependientes. *Revista Multidisciplinar de Gerontología*, 2005, nº 15 (3), p. 171-177.
- MEIL LANDWERLIN, G. *La postmodernización de la familia española*. Madrid: Acento, 1999.
- MEIL LANDWERLIN, G. Cambio familiar y solidaridad familiar en España. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 2002, nº 26, p.129-154.
- NEUGARTEN, B.L. *Los significados de la edad*. Barcelona: Herder, 1999.
- OSUNA, M. J. *Relaciones familiares en la vejez: vínculos de los abuelos/as con sus nietos/as en la infancia*. Tesina de Máster, Universidad de Barcelona, 2003.
- PÉREZ ORTIZ, L. *Envejecer en femenino. Las mujeres mayores en España a comienzos del siglo XXI*. Madrid: Instituto de la Mujer, 2003.
- PÉREZ ORTIZ, L. “Mujeres mayores: entre la necesidad de cuidar y ser cuidadas”. En: *Actas del II Congreso “La familia en la sociedad del siglo XXI”*. Madrid, 2004.
- PÉREZ ORTIZ, L. “Envejecimiento y género”. En: PINAZO, S.; SÁNCHEZ, M. *Gerontología. Actualización, innovación y propuestas*. Madrid: Pearson. Prentice Hall, 2005.
- PINAZO, S. *La imagen de los abuelos a través de los jóvenes. ¿Qué piensan los universitarios de la relación con sus abuelos?* Madrid: Senda Editorial., 2002.

- PINAZO, S.; MONTORO, J. La relación entre los abuelos/as y los nietos/as. Factores que predicen la calidad de la relación intergeneracional. *Revista Interuniversitaria de Sociología*, 2004, nº 38, pp. 7-28.
- RALD PHILIPP, R. (2002). Familia y vejez: ¿una realidad cambiante? *Revista de Ciencias de la Educación*, 2002, nº 190, p. 157-170.
- RICO, C. *La relación abuelos-nietos al final del milenio*. Tesina de Licenciatura. Universidad de Valencia, 2000.
- RICO, C.; SERRA, E.; VIGUER, P. *Abuelos y nietos. Abuelo favorito, abuelo útil*. Madrid: Pirámide, 2001.
- ROBERTO, K. A.; STROES, J. Grandchildren and grandparents: roles, influences and relationships. *International Journal of Aging and Human Development*, 1992, nº 34 (3), pp. 227-239.
- ROBERTSON, J. F. Grandmotherhood: a study of role conceptions. *Journal of marriage and the family*, 1977, nº 39, pp. 165-174.
- RODRIGUEZ RODRIGUEZ, P. “Mujeres mayores, género y protección social (o adonde conduce el amor)”. En: MAQUIEIRA, V. *Mujeres mayores en el siglo XXI. De la invisibilidad al protagonismo*. Madrid: IMSERSO, 2002.
- SÁEZ BUENAVENTURA, C. (2005). “Salud y bienestar a lo largo de la vida”. En: FREIXAS, A. *Abuelas, madres, hijas. La transmisión sociocultural del arte de envejecer*. Barcelona: Icaria/Universidad de Córdoba, 2005.
- SÁEZ CARRERAS, J. *Pedagogía social y programas intergeneracionales: educación de personas mayores*. Archidona (Málaga): Aljibe, 2002.
- SERDIO SÁNCHEZ, C. *Envejecimiento, mujer y educación. Una aproximación etnográfica a la participación educativa de la mujer mayor*. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Pontificia de Salamanca, 2004
- TOBÍO, C. “Cambio social y solidaridad entre generaciones de mujeres”. En: MAQUIEIRA, V. *Mujeres mayores en el siglo XXI. De la invisibilidad al protagonismo*. Madrid: IMSERSO, 2002.
- TOBÍO, C. *Madres que trabajan. Dilemas y estrategias*. Madrid: Cátedra, 2005.
- TRIADÓ, C. Relaciones familiares y envejecimiento de la mujer. *Revista Multidisciplinar de Gerontología*, 2001, nº 11 (4), p. 169-172.
- TRIADÓ TUR, C.; VILLAR POSADA, F. El rol de abuelo: cómo perciben los abuelos las relaciones con sus nietos, *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, 2000, nº 35, pp. 30-36.
- TRIADÓ, C.; MARTÍNEZ, G.; VILLAR, F. El rol y la importancia de los abuelos para los nietos adolescentes. *Anuario de Psicología*, 2000, nº 31 (2), pp. 107-118.
- TRIADÓ, C.; MARTÍNEZ, G.; VILLAR, F.; OSUNA, M. J. *Relaciones intergeneracionales en el ámbito familiar: la perspectiva de los abuelos y de los nietos adolescentes*. Madrid: Senda, 2002.
- TRIADÓ, C.; OSUNA, M. J. “Las relaciones abuelos-nietos”. En: PINAZO, S.; SÁNCHEZ, M. *Gerontología. Actualización, innovación y propuestas*. Madrid: Pearson. Prentice Hall, 2005.

- VEGA, J. L. “El envejecimiento y las relaciones entre generaciones”. En: GARCÍA, M. C.; PÉREZ FIZ, A. *Ancianidad, familia e institución*. Salamanca: Amarú, 1994.
- VEGA, J. L. Y BUENO, B. Los programas intergeneracionales. En: Buendía, J. *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo XXI, 1994.
- WILSON, G. “Yo soy los ojos y ella los brazos: cambios en los roles de género en la vejez avanzada”. En: ARBER, S.; GINN, J. *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Nancea, 1996.